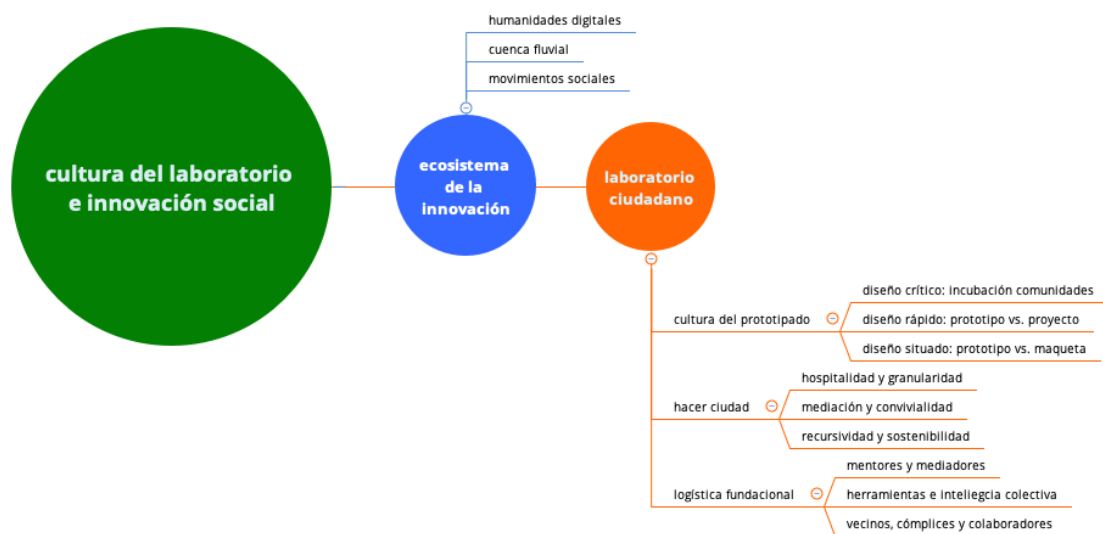


Las humanidades digitales en el ecosistema de la innovación

Hablamos de innovación social cada vez que toma forma un anhelo social y, como consecuencia, cambian las cosas. Es una combinación de creatividad más impacto. Por supuesto siempre hubo innovación social, pero estábamos ciegos para reconocer su papel como motor del cambio, tanto político como económico. Nos faltaba sensibilidad para apreciar el valor de lo colectivo, lo informal, lo pequeño, lo indisciplinar y lo periférico. Las cosas han cambiado mucho en las dos últimas décadas y hemos llenado de adjetivos el mundo de la innovación considerándola social, abierta, crítica, postfuncional y frugal, entre otras muchas denominaciones. Todas tiene en común la convicción de que el modelo shumpeteriano de innovación era demasiado centralizado, jerárquico, tecnológico y elitista. Para nosotros basta con estas breves palabras para centrar la atención más allá de los intereses académicos. No necesitamos mayores complejidades o mejores definiciones para adentrarnos en un territorio tanto más interesante cuanto más abierto, informal y emergente.

La innovación entonces puede verse como una actividad más ordinaria, popular y reactiva que como una empresa metódica, vertical y dirigida. La innovación social puede imaginarse no sólo como cosa de todos (pues, todos innovamos), sino que también podríamos considerarla como algo que hacemos entre todos (pues, nadie sobra). En una de sus versiones (quizás) extremas se vincula a la cultura del emprendimiento y, en consecuencia, convierte la creatividad en un evento individual, competitivo y orientado a la producción de bienes de consumo. En el otro extremo, donde operan las organizaciones sin fines de lucro, funciona como una pieza clave en la economía de la contribución, y la creatividad crece a partir de actividades de naturaleza altruista, colaborativa y distribuida.

El presente texto tratará de explicar la relación entre innovación social, humanidades digitales, cultura del prototipado y laboratorios urbanos. El esquema siguiente articula los contenidos principales.



Los movimientos sociales como actores cognitivos

Hace ya varias décadas que el concepto de derecho a ciudad nos ayuda a entender la importancia de las políticas participativas en la gestión de lo público, así como la incorporación de la diferencia, la controversia o el disenso como activos políticos y figuras legítimas del espacio público. El derecho a ciudad es entendido e incorporado como un derecho colectivo, una forma de construir las relaciones entre la administración y la ciudadanía que nos ha ayudado a entender que lo público no se agota en lo administrativo, sino que también se expande por todas las formas de ciudadanía organizada.

Los movimientos sociales, los colectivos ciudadanos y las comunidades de concernidos han sido identificados como actores claves en la articulación del territorio y en la construcción de nuevas formas de gobernanza. Los movimientos sociales entonces deben ser vistos también como agentes cognitivos claves. Limitar su presencia, como es frecuente en los media, a la mera función reivindicativa minimiza sus aportaciones y empobrece nuestras urbes. Y es que los nuevos movimientos sociales, al compás de estas transformaciones, han experimentado un triple proceso de transición que merece ser puesto en valor: primero, han aprendido a transitar desde la cultura de la protesta a la de la propuesta; segundo, han complementado la práctica de exigir derechos con la de producir infraestructuras que los garanticen, protejan o acrecenten; y, tercero, han aprendido a construir un diálogo inaudito y necesario entre los saberes experienciales y los de naturaleza experimental, una práctica que nos convierte a todos en expertos en experiencia y que disuelve parcialmente la dicotomía entre expertos y legos.

Se trata entonces de colectivos que operan como auténticos *brockers* sociales y que no sólo están reclamando para ciertos problemas una atención que debe ser acompañada, sino que paralelamente están vertebrando legítimas aspiraciones sociales que pueden ser motor principal de innovación. Estamos hablando de colectivos con mucha experiencia en el trabajo de campo, próximos al espacio donde se producen las fisuras sociales, cercanos a las preocupaciones de los directamente concernidos, y que deberían ser tomados por sensores de alerta temprana que nos ayudan a entender lo que (nos) pasa. Son actores decisivos de innovación. La innovación social entonces sería el nombre que damos a la capacidad del sector público para incorporar mayor complejidad, ser más inclusivo y hacer más robustas nuestras prácticas democráticas. Una parte significativa del trabajo de gestión debiera consistir en escuchar ese sordo clamor de la urbe que la ciudadanía organizada trata de vertebrar.

Así entendemos nosotros la importancia de promover la existencia de laboratorios ciudadanos. Un laboratorio urbano debería ser el lugar óptimo donde dar forma a esos anhelos sociales: un espacio para buscar soluciones, tras haberse dado a la tarea de escuchar a los que no saben, todos esos ciudadanos son acreditaciones probadas, pero que saben mucho de lo que pasa en su cuerpo, su barrio, su empresa o su comunidad. Un laboratorio urbano debiera entonces imaginarse como un dispositivo de escucha: un espacio para dejarse afectar, desaprender y

coproducir. Solucionar problemas debiera entonces ser sinónimo de apertura a los colectivos organizados. Un laboratorio ciudadano debiera imaginarse como un lugar donde proporcionar el entorno de hospitalidad y las herramientas necesarias para que se facilite la tarea de ingeniar prototipos, infraestructurar valores e hibridar saberes.

El ecosistema de la innovación como una cuenca fluvial

Para entender la importancia de lo que proponemos es preciso considerar la innovación no como algo que sucede en la cabeza de algunos humanos privilegiados, sino como el efecto de un ecosistema bien articulado. La metáfora que mejor se adapta a nuestra idea de innovación es la de una cuenca fluvial. Con frecuencia los gestores de la innovación sólo ven el río navegable por el que circulan grandes buques cargados con las mercancías más sofisticadas. Muchos gestores de la innovación están obsesionados con la imagen de esos grandes canales de distribución de saberes y cosas.

Lo cierto, sin embargo, es que para que existan esos ríos es preciso que haya un sin fin de riachuelos arriba la montaña que ni siquiera vienen en el mapa. Que no estén en nuestros mapas, que no tengan siquiera nombre, que sean invisibles por esporádicos o minúsculos a los ojos del cartógrafo oficial, no quiere decir que no existan o que no sean imprescindibles. Si algo hemos aprendido tras dos décadas de investigación sobre inteligencia colectiva, redes sociales y comunidades de aprendizaje es que la creatividad y el conocimiento son efectos relacionales o, dicho con otras palabras, que nacen cuando se activan flujos de afectación mutua. Así, afectos y efectos van de la mano, funcionan como condiciones que se pueden infraestructurar, operan como circunstancias que se pueden o no favorecer.

Un laboratorio urbano entonces es sólo una pieza más en un ecosistema bien trenzado y muy cuidado. Los cuidados son elementos claves en el mantenimiento de un sistema que para funcionar adecuadamente debe evitar la formación de barreras artificiales que obstaculicen el flujo de saberes entre generaciones, especialidades, géneros, clases, profesiones, territorios, comunidades, ideologías o culturas. Tampoco son menores las barreras entre lo público, lo privado y lo común, como también pueden problematizarse las que se crean entre el dentro y el afuera de las organizaciones, ya sean laboratorios, partidos, empresas, instituciones o universidades. No se trata de destruir todas esas interfaces que han probado ser funcionales en muchas situaciones, sino de mejorarlas para hacerlas más porosas, más transitables y más afectivas.

Nada es más apropiado para un espacio de innovación que dotarlo de una forma organizativa y de gobernanza regulada por un código abierto, siempre cuestionable, discutible y modificable. No sólo se aspira a prototipos de código abierto que tengan *affordance*, fácilmente reparables, remezclables y reutilizables, sino que también deberían ser realizados desde una forma organizacional de código abierto. El laboratorio no sólo experimenta con soluciones, sino que el mismo es un experimento. No sólo aspira a ser un instrumento de cambio epistémico sino

también de experimentación ontológica. No sólo quiere ser atrevido en los cómo, sino también en los qué. El laboratorio entonces puede ser imaginado un instrumento de experimentación radical (no extremista). Un espacio que inaugura, promueve y cultiva una diversidad de estilos de relación entre sus miembros y con el entorno.

Favorecer conversaciones inauditas o relaciones inesperadas tiene mucho que ver con liberar el conocimiento que se estanca tras las múltiples barreras artificiales que construimos y cuya existencia obedece a razones que quizás podamos revisar. El ecosistema del que hablamos no existe al margen de la acción humana. No es algo que se nos da acabado. Debe construirse y son muchos los saberes por movilizar. La mano invisible del mercado es una de las fuerzas que operan sin desmayo. La mano visible (y transparente, si fuera posible) de lo público es imprescindible para entender y en su caso modificar las barreras jurídicas o administrativas que se empeñan en sostener que las cosas sólo pueden ser como ya están siendo. Es difícil exagerar la importancia de estos aspectos y por eso se hace tan necesario considerar la necesidad de un laboratorio de innovación jurídica. La mano agitadora de la ciudadanía insatisfecha nos señala hacia dónde debemos mirar y qué asuntos tienen mayor urgencia. Las tres son necesarias, las tres son partes sustantivas del ecosistema y las tres tienen que aprender a entenderse. La mera posibilidad de esa conversación y es una innovación memorable.

Los reproches mutuos son tan conocidos como reiterados: el sector público es burocrático y acomodaticio, el sector privado acaparador e insensible, el ciudadano ingenuo e ignorante, los empresarios egoístas, los funcionarios formalistas, los expertos arrogantes, los activistas ilusos, los ciudadanos ignorantes, los políticos indolentes,... No es necesario seguir por esta senda para comprobar que estos estereotipos no ayudan nada a entender la situación que vivimos. Todos esos actores, y las instituciones que los amparan, representan formas de conocimiento y organización que contienen muchos elementos admirables. El asunto no es quien sabe más o mejor, sino cómo lograr que todos esos saberes se fecunden entre sí. El ecosistema de la innovación funciona tanto mejor cuanto más fluida sea la polinización entre actores, culturas y modelos organizativos.

Las humanidades digitales y la innovación social

Las humanidades digitales nacen del encuentro de tres culturas que tradicionalmente se han despreciado: la cultura del diseño, la cultura de la computación y la cultura de la erudición. Por su misma naturaleza, entonces, las humanidades digitales son uno de los mayores experimentos ontológicos que están en marcha. No es sólo que en la academia se haya hecho una apuesta sin precedentes en favor de la interdisciplinariedad, sino que su condición de nativas digitales las vinculan al utopismo fundacional de Internet que quería ver las redes como expresión de una descentralización, desburocratización y desjerarquización de las prácticas cognitivas y políticas.

En las humanidades digitales se diluye la figura del autor y los proyectos se adaptan a la cultura de la plataforma donde los participantes se acostumbran a trabajar por capas, por fases, por

objetivos que, en su conjunto, hacen aportaciones incrementales a un proceso siempre en construcción y siempre inacabado. La red, por otra parte, opera como un espacio sin puertas, abierto a contribuciones esporádicas, voluntarias o informales de la ciudadanía.

Las humanidades digitales pueden, entre otras muchas cosas, ser el ámbito de actuación donde dar forma y hacer visibles muchos de los conflictos que encara nuestro mundo. No es imprescindible imaginarlas como una herramienta socialmente comprometida, pero pueden serlo y, en cualquier caso, son parte de la cultura del laboratorio. Las humanidades digitales pueden ser una herramienta insustituible para combatir la tradicional distancia entre lo que se enseña en la academia y lo que ocurre en la urbe, pues los estudiantes no sólo van a aprender a usar las tecnologías más demandadas desde el mercado laboral, sino que lo van a hacer aplicándolas al ensanchamiento del espacio público. Hay pues una relación estrecha entre innovación social y humanidades digitales que debe ser explorada y desarrollada.

Las humanidades digitales son también el ámbito ideal para plantearse hasta qué punto nuestras modelizaciones de la realidad y los datos que producimos a partir de esas modelizaciones son capaces de dar cuenta de la complejidad del mundo. Con frecuencia nos quejamos de que los modelos, digitales o no, contienen simplificaciones exageradas de los problemas. Quienes han recibido una cultura humanística están acostumbrados a gestionar procesos y fenómenos que no es fácil representar mediante variables monitorizables. Siempre existió esta tensión entre lo cualitativo y lo cuantitativo en las Ciencias Humanas y Sociales: una tensión que forma parte de lo mejor que les ha pasado en las últimas décadas a ese enjambre de disciplinas que se han obligado a trabajar con datos que no siempre son nítidos, ni tienen perfiles bien definidos. Con frecuencia trabajan con datos borrosos, sucios, imperfectos, incompletos, y toda esa experiencia, lejos de ser vista como un defecto, puede ahora contribuir decisivamente a pensar qué es un dato y cómo mejorar nuestra producción, almacenamiento, distribución y uso de los datos.

Un laboratorio urbano conectado con su entorno, hospitalario con los distintos actores, abierto a las distintas epistemes, sensible a la diferencia que somos, y que no opere como una herramienta para homogenizar, normalizar y disciplinar el entorno, necesita de las humanidades digitales y de su promesa de interdisciplinariedad e indisciplinariedad.

La cultura del prototipado

Un laboratorio ciudadano es un espacio de producción. Quienes lo habitan aceptan que el mundo sólo es comprensible cuando intentamos cambiarlo. Y eso nunca es fácil porque los problemas son complejos y los intereses están en tensión. Tampoco queremos propuestas que creen más conflictos que los problemas que querían solucionar. De ahí la necesidad de que los problemas se aborden en abierto. La noción de abierto tiene muchos significados. Aquí nos quedaremos con los dos más inmediatos: abierto a la interdisciplinariedad porque en la vida los problemas se nos presentan completos, mientras que la academia se estructura por

departamentos; Y, segundo, abierto a la indisciplinabilidad o, en otros términos, a todos esos saberes tácitos que se resisten a ser codificados, que están en los cuerpos y que nunca aparecerán en un libro.

Aspiramos entonces a prototipos abiertos. Buscamos dar forma a soluciones que sean realizables. No nos conformamos con discutir o practicar el arte de la crítica. Queremos ir más lejos. Aspiramos a producir propuestas que sean realistas por realizables, tanto porque son de bajo coste, como por ser de bajo riesgo. Ninguna discusión nos parece atractiva si no desemboca en un artefacto, virtual o material, capaz de modificar las cosas para bien. Nuestros prototipos quieren hacer(lo) bien.

Nada es más clarificador que entender la diferencia entre un proyecto y un prototipo. Un proyecto es eso que hacemos cuando imaginamos todas las condiciones que deben cumplirse para que algo pueda ocurrir. Un proyecto describe los recursos materiales, financieros y personales que, con los protocolos y plazos debidos, acabarán produciendo los objetivos prometidos. Con frecuencia se proyecta para que otros ejecuten. Proyectar es un ejercicio especular. Cuando prototipamos sucede justo lo contrario. Con los recursos de los que disponemos, pocos o muchos, adecuados o insuficientes, construimos una solución imperfecta, inacabada, tentativa, provisional,... pero abierta a la posibilidad de incorporar nuevos actores, distintos materiales, otras capacidades. La provisionalidad del prototipo no es un defecto, sino que representa su mayor virtud, porque muestra no tanto sus carencias como su disposición a ser implementado. Su condición inacabada contiene una invitación implícita a la participación de otros. Un prototipo es un colector de voluntades, un cosechador de capacidades, un atractor de saberes. Un prototipo siempre está vierto a todas su posibilidades.

También es muy importante entender por qué un prototipo no es una producción de despacho, sino algo que ha sido mínimamente validado. Distinguir entre una maqueta y un prototipo es clave. El prototipo debe ser una propuesta contrastada. Tras el proceso de ideación y diseño, un prototipo debe ser compartido con la comunidad que lo usará para que nos digan si nuestra propuesta es apropiada, mejorable o por completo ilusoria. Las maquetas se hacen para que el inversor se haga mejor idea de cómo será el producto cuando se construya o fabrique. La maqueta es una visualización a escala reducida de un proyecto que pensamos que funcionará porque tenemos confianza en la persona que lo redactó. El prototipo siempre va más lejos y convierte al destinatario en coproductor a incluir sus comentarios en la fase final del proyecto. Un prototipo entonces tiene que abordar en algún momento la tarea de diseñar una estrategia creíble de validación. Bien entendido que usamos la expresión creíble para referirnos a la ideación de algunas acciones, compatible con nuestros plazos, recursos y capacidades, que nos permitan saber hasta qué punto nuestros diseños son sensibles la realidad sobre la que pretenden incidir. Un prototipo, en consecuencia, materializa una propuesta situada que no sólo es empática, sino que de hecho merece la calificación de coproducida.

Hacer ciudad

La ciudad, no sólo es su construcciones, sino también sus relaciones. Nadie discute la importancia de las edificaciones y las infraestructura, pero hay más formas de hacer ciudad. Nunca fue difícil explicarlo, y mucho menos en momentos de pandemia. Hacemos ciudad cada vez que imaginamos otras maneras de usar el espacio construido o que ensanchamos el espacio público. Hacemos ciudad cuando incorporamos nuevos actores al diseño de nuestros artefactos y cuando nuestros artefactos se hace más inclusivos. También podemos hacer ciudad sin salir de casa, practicando los autocuidados. Hacemos ciudad contribuyendo al despliegue de formas de encuentro, basadas en el consenso o en el disenso, construidas desde el rigor o desde el carnaval, que inauguren conversaciones improbables o inauditas, pero que en su conjunto promueven una convivialidad basada en la diferencia que somos y que debe ser protegida.

Un laboratorio ciudadano es el espacio óptimo para la política experimental si acierta a proponer prototipos de bajo coste y bajo riesgo que ensayan soluciones controladas que no amenacen la comunidad, y que pongan la vida y las personas primero. No será fácil, ni esta inventada la metodología con la que lograrlo. Pero sabemos lo suficiente como para proponer un primer criterio de funcionamiento: la hospitalidad. Queremos un espacio abierto que la ciudadanía pueda apropiarse fácilmente y que haga fácil la participación. Hospitalario por abierto. Abierto a todos los saberes y abierto, en consecuencia, a todos los actores. Hay una apertura epistémica que se convierte en una apertura política. La hospitalidad entonces debería garantizar la heterogeneidad de puntos de vista. Hospitalario por plural. Y así, la primera tarea del grupo que se forme será construir un espacio común que los represente a todos por igual. No hay conversación posible si antes el grupo no es capaz de focalizarse hacia un objetivo al que todos puedan contribuir satisfactoriamente, un prototipo que se hace sumando las capacidades individuales presentes, lo que obligará a fragmentar el proceso en partes y asignar a cada participante la que quede bajo su responsabilidad. Hospitalario por granular, pues lo que importa no es lo que les une o lo que les separa, sino lo que pueden hacer juntos. Hospitalario, en fin, por común.

No hay reglas precisas sobre cómo conseguirlo, pero tenemos experiencia y sabemos cómo debe ser gestionado. Pero antes de pasar al cómo conseguirlo nos queda por subrayar un hito procesual ya insinuado pero que merece destacarse: antes de que el grupo logre nada, mientras se va conformando el prototipo, los participantes tiene que constituirse como una comunidad de aprendizaje. Así las cosas, no es el grupo quien crea el prototipo, sino que es el prototipo quien crea la comunidad. O, si lo prefieren, también podríamos haber dicho que nuestro laboratorio opera como una incubadora de comunidades.

Las cosas no ocurren porque sí. Siempre hay alguien ocupándose de que sucedan. Nunca fue fácil crear redes de confianza u organizaciones cooperativas. En la escala de pequeño que es el ámbito de actuación donde opera un laboratorio, tampoco es obvio cómo gestionar la heterogeneidad del grupo, las distintas temporalidades de sus integrantes o la pluralidad de epistemes. En general, hemos sido preparados para competir y hemos convertido la crítica y el

diagnóstico en prácticas muy prestigiadas, en detrimento de la facilitación y la escucha. Frente a una propuesta ajena siempre podemos adoptar la actitud de quien se toma lo escuchado como propio y trata de encontrar formas de mejorarlo. No es imprescindible encontrar sus fallas, esta en nuestra manos descubrir sus posibilidades. Siempre podemos imaginarnos en un gesto más compositivo (cada quien con su instrumento, pero todos tocando algo juntos, aunque sea por un momento) que crítico. La crítica está sobrevalorada. Siempre hay más posibilidades que deben ser exploradas si es que queremos hacer cosas juntos. Y para ello hemos inventado el rol de la mediación.

Mediar es cuidar. Mediar es convertir los cuidados en la herramienta para provocar flujos de afectación mutua entre los participantes. Mediar tiene mucho que ver con asegurar un espacio bien aireado, suficientemente iluminado o provisto de café, agua, fruta y pastas. No hace falta exagerar ni suministros lujosos. Mediar también tiene que ver con disponer el espacio el círculo, apoyarse en los liderazgos naturales, minimizar el impacto de los caracteres más fuertes, promover un descanso a tiempo, proponer una ronda de palabras, promover que lo expresado en el grupo se traslade al papel que cubre la mesa para que todo esté compartido evitando que cada quien sólo trabaje en su pantalla. Mediar es ocuparse de que ninguna idea quede sepultada por avalanchas de palabras o de que nadie abuse del uso de la palabra. La persona que media está todo el tiempo tomando la temperatura emocional de ese cuerpo común que conforman los integrantes del grupo.

La selección de los mediadores no es un asunto fácil, pero hay experiencias que han funcionado, como la llevada a cabo en MediaLab-Prado, y que son muy inspiradoras. Nuestra propuesta tiene que ver más con la confianza en las infraestructuras que regulan su desenvolvimiento que con supuestas capacidades personales. No queremos psicologizar este rol. Preferimos instalarlo en un entorno que lo favorezca. Mediante convocatoria se puede seleccionar a personas cuyos proyectos cumplan tres condiciones: realizarse en un plazo de dos años, crear a su alrededor una comunidad abierta de colaboradores y dedicar un tercio de su tiempo a tareas comunes (impartir talleres, organizar eventos, cuidar el espacio, facilitar procesos,...). Los mediadores entonces no son un personal especializado, pues todo el personal investiga, gestiona, cuida y facilita. El laboratorio es también una especie de escuela de mediación.

Hospitalidad, mediación y recursividad. La institución en la que pensamos debe ser recursiva o, dicho con otras palabras, aprender de sus errores. Un espacio de experimentación es un espacio tolerante con la incertidumbre donde lo normal es fracasar. Somos recursivos si tras detectar un fallo, revisamos el protocolo y lo cambiamos tantas veces como sea necesario para que se produzca el efecto deseado. Eso lo hacemos todos los días: Todas las personas practicamos la técnica del ensayo-error hasta que lo logramos, ya sea que estemos en la cocina, ya sea que estemos en nuestra empresa, banda o coro. Pero en el mundo que vivimos, no basta con hacer las cosas técnicamente impecables. Hacerlo bien, no es lo mismo que el bien. Tenemos que hacernos responsables de las consecuencias de nuestros actos. Se precisa que la recursividad técnica y económica, sea compatible con la recursividad personal, social y medioambiental. Y

tenemos que experimentar hasta conseguirlo. No será fácil, pero hay que intentarlo todos los días con las herramientas adecuadas y aprendiendo de las experiencias disponibles.

Logística fundacional

Para arrancar un laboratorio ciudadano se necesitan cuatro elementos principales: un sitio, mediadores, herramientas y una red de alianzas incipiente. El espacio del laboratorio debe ser lo más abierto y plástico posible. El mobiliario no debe estar fijo y ser fácilmente agrupable, apilable y trasladable. Tiene que ser robusto, sin ser pesado. Las paredes, incluidos los cristales de las ventanas, se usarán como espacios de trabajo, así que lo mejor es que sean lisas, blancas y de materiales que se puedan pintar y limpiar. Debe ser un espacio accesible desde la calle, para que pueda tener una gestión autónoma de horarios y visitas.

Los mediadores pueden ser seleccionados mediante una convocatoria pública que, en su conjunto, tenemos que redactar como si fuese un dispositivo de escucha, antes que de asignación de recursos. La redacción nos da la oportunidad de establecer las prioridades de acceso. Podemos, en consecuencia, condicionar los recursos a la capacidad del solicitante de crear una comunidad alrededor de su proyecto o a la naturaleza interdisciplinar de su propuesta. Podemos sugerir que interesan las propuestas con mayor compromiso barrial o, alternativamente, las que tengan mayor proyección internacional. Los convocantes pueden con este instrumento pulsar la opinión de los concernidos y animarles a que sean propositivos.

El capítulo de las herramientas es el más complejo de explorar. Dando por hecho que el laboratorio puede estar asociado a un espacio maker o a un fablab, no entraremos a describir las herramientas propias de estos espacios de producción y cacharreo. Tampoco dedicaremos tiempo a las necesidades de computación y, en consecuencia, de servidores, routers, terminales, impresoras y demás instrumentos de oficina. Todos estos espacios contarán con un personal especializado que se ocupará de las tareas de mantenimiento y mentoría. No necesariamente los proyectos tienen obligación de usar serruchos, soldadores o fresadoras. Tampoco es imprescindible que, por ejemplo, reclamen herramientas de visualización de datos o de diseño web. Pero si fueran necesarios, los mentores podrían proporcionarles un primer impulso.

Las herramientas básicas de un laboratorio ciudadano son blandas. Son dispositivos diseñados para favorecer el trabajo colaborativo y activar la inteligencia colectiva. Son herramientas para lograr la inmersión (minietnografía, miniconferencias, lectura en grupo), distribuir responsabilidades (barcamp, hoja de ruta), construir relatos compartidos (mapeo, worldcafé, colaboratorio), diseñar colaborativamente (focalización, puesta en común, estrategias de validación) o compartir conocimientos (mantel de trabajo, docART, formateo crítico).

El laboratorio no puede funcionar aislado de su entorno. Su primera tarea será construir relaciones de buena vecindad. Los vecinos tienen que considerarlo una infraestructura del barrio para que sean cómplices de todo cuando allí suceda, tanto porque lo sientan propio como porque el laboratorio se hace cargo de sus problemas. La segunda ofrecer hospitalidad a los

colectivos ciudadanos que necesiten un espacio de encuentro y experimentación. La tercera debiera orientarse a desarrollar relaciones con otros laboratorios en distintas ciudades para intercambiar experiencias, herramientas y saberes. Y, por fin, obviamente hay que lograr la complicidad de otras instituciones, públicas o privadas, que entiendan la importancia de los procesos que ocurren en su interior.

Humanidades digitales, laboratorios ciudadanos e innovación social

Las Humanidades Digitales representan una oportunidad de abrir la academia a la interdisciplinariedad. No se trata de sustituir las más literarias por las intensamente digitalizadas. Se trata de crear las condiciones para inaugurar nuevas conversaciones entre humanistas e ingenieros, entre artistas y científicos, entre economistas y hackers, entre activistas y matemáticos, entre antropólogos y gestores. Y además podemos hacerlo incluyendo en la conversación a los ciudadanos concernidos. La tecnología lo permite y la realidad lo demanda.

Nadie nos obliga a desconectar la academia de su entorno y, al igual que se están haciendo grandes esfuerzos para vincular los intereses productivos a los académicos, también necesitamos más inteligencia para construir lazos ordinarios entre los movimientos ciudadanos y la investigación científica. La academia necesita confirmar su voluntad de ocuparse de lo que (nos) pasa y para ello hay que construir los espacios que hagan la comunicación sean fluida, versátil y resiliente. Los laboratorios ciudadanos son parte del nuevo equipamiento institucional de las democracias avanzadas. Son lugares para experimentar con bajo riesgo y bajo coste formas de emprendimiento que cuiden de nosotros y de nuestro entorno.

Antonio Lafuente (CSIC)

@alafuente